

Aviva Chomsky.

Linked Labor Histories: New England, Colombia, and the Making of a Global Working Class.

Durham, NC: Duke University Press, 2008. 398 páginas.

La mirada ajena*

Al explorar las conexiones entre la historia del trabajo en Nueva Inglaterra y Colombia durante el último siglo, Aviva Chomsky elabora una acusación severísima del capitalismo moderno, en especial del orden neoliberal contemporáneo. Chomsky, que enseña en el Salem State College en Massachussets, se mueve entre lo local y lo global a lo largo del libro; pero la primera parte se concentra en la industria textil de Nueva Inglaterra. Repasa luchas obreras centrales a comienzos del siglo xx, sigue el movimiento del capital primero hacia el sur de los Estados Unidos y después hacia Puerto Rico, México, Colombia y aún más lejos, y describe la transformación de la economía regional de Nueva Inglaterra y de su fuerza de trabajo en las décadas recientes. La segunda parte se concentra en la historia obrera reciente del norte de Colombia, dirigiendo la atención a las industrias del banano y el carbón, la primera relacionada con Nueva Inglaterra a través de la United Fruit Company de Boston (la Chiquita de hoy), la segunda convertida ahora en importante proveedor de carbón para Nueva Inglaterra y para Salem en particular.

Estas historias se conectan entre sí, afirma Chomsky, no solo por los movimientos de capital, bienes y gente, sino por temas comunes: el impulso incesante de los capitalistas por beneficiarse de la desigualdad, como lo dice ella, explotando trabajadores de bajo salario —inmigrantes o residentes fuera de los Estados Unidos—, el apoyo dado a los capitalistas por los gobiernos y las organizaciones obreras alcahuetas (en particular la AFL-CIO durante la época de la Guerra Fría) y los esfuerzos de la gente trabajadora, bajo la dirección de sindicalistas de izquierda, para contrarrestar estas tendencias y mejorar sus vidas.

Las conexiones que descubre Chomsky son a veces inesperadas e irónicas. Encuentra, por ejemplo, que la Draper Loom Corporation de Hopedale, Massachussets, aceleró la decadencia de la industria textil de Nueva Inglaterra al promover las ventas de sus telares automáticos, primero, al sur de los Estados Unidos y después, en las décadas del treinta y el cuarenta, a países como Colombia. Para los años setenta las fábricas que todavía usaban los telares de Draper en Nueva Inglaterra estaban reclutando trabajadores expertos de Colombia para reparar sus viejos telares. Para entonces la mayoría de las empresas textiles yanquis que seguían en el negocio dependían de los pedidos del ejército norteamericano, mientras otras, como Textron, habían abandonado los textiles por completo y

[459]

* Traducción de Jorge Orlando Melo.

pronto estarían exportando helicópteros a los militares de Colombia para sus operaciones contra los narcotraficantes y los insurgentes de izquierda, que a su vez filtraban los sindicatos obreros en la industria bananera, controlada por la United Fruit.

[460]

Chomsky ha localizado un abanico de fuentes primarias y secundarias para explorar estas conexiones. Ha leído selectivamente la literatura secundaria y encuentra material primario en los documentos privados de dirigentes obreros y empresarios capitalistas, en artículos de periódicos y revistas empresariales, en documentos de las ONG, las organizaciones obreras y el gobierno, y en entrevistas, algunas de las cuales realizó ella misma.

Chomsky anima y personaliza su relato concluyendo cada capítulo con una breve biografía o un testimonio de los protagonistas de su narración. Por ejemplo, el capítulo 2, un relato de las exitosas huelgas espontáneas de 1933 y 1935 en la gran fábrica textil de Naumkeag en Salem, concluye con un perfil de la militante del Partido Comunista, Anne Burlak, una dura crítica de los dirigentes de la AFL y del sindicalismo alcahuete que, bajo guisa de “investigación”, permitió a la administración acelerar la producción en la planta a lo largo de los años. Los retratos y testimonios de la segunda parte incluyen un análisis de la situación de la zona bananera de Urabá por un general del ejército colombiano encargado de la zona; una declaración sobre el internacionalismo obrero por Jeff Crosby, presidente del sindicato en una planta de la General Electric en Lynn, Massachusetts y representante de la AFL-CIO en el congreso de la CUT (la mayor federación obrera colombiana en 2006); un testimonio de Débora Barros Lince, una activista indígena, y de Francisco Ruiz, un organizador obrero, sobre la represión que sufrieron por parte de terroristas paramilitares en la zona carbonera del nororiente de Colombia. La declaración de Crosby (pp. 257-263) es especialmente valiosa, pues hace un elocuente resumen del argumento obrero contra el neoliberalismo y esboza una estrategia viable para el internacionalismo obrero de hoy.

Chomsky presta poca atención a aspectos de la interpretación histórica que debilitan o harían más complejo su propio análisis. Ella escarba la literatura secundaria en busca de evidencia que apoye sus argumentos, pero raras veces informa a los lectores cuando esas obras ofrecen interpretaciones que difieren de las suyas. Este problema es particularmente grave en el capítulo quinto, una historia laboral de la zona bananera de Urabá. Esta historia es esencial para el argumento político central del libro, pues de acuerdo con Chomsky, Colombia es “la avanzada del proyecto neoliberal contemporáneo apoyado por los Estados Unidos” y la “trayectoria de los acontecimientos en Urabá ejemplifica [este] proceso” (p. 184). Para Chomsky, la historia laboral de Urabá es “aterradora y trágica” y merece un análisis detenido porque representa “un futuro posible para todos nosotros” (p. 188).

La historia laboral de Urabá es sin duda aterradora y trágica, y se desarrolla como una pesadilla de guerra interna entre guerrillas y partidos de izquierda y de represión y masacres por parte de paramilitares de derecha en colusión con empresarios y autoridades colombianas. Pero la interpretación de Chomsky minimiza el papel y la responsabilidad de la izquierda en este resultado. Ella destaca, con razón, la influencia en Urabá del proceso de paz de 1984, que llevó a importantes reformas políticas y a un cese de fuego entre el grupo guerrillero más fuerte, las FARC, y el gobierno, y a la fundación del partido político Unión Patriótica (UP) por las FARC, para participar en las elecciones. Lo que ella no menciona, sin embargo, es que las FARC nunca se desarmaron y que el Partido Comunista Colombiano, que apoyaba tanto a las FARC como a la UP, nunca abandonó el apoyo a la lucha armada, declarando que continuaría buscando el poder mediante la combinación de todas las formas de lucha. Esta posición resultó fatal para la izquierda democrática, reforzando los argumentos, incesantemente avanzados por los paramilitares y la derecha política, de que la UP y los sindicatos de izquierda eran realmente frentes de las FARC.

[461]

Uno no se enteraría, al leer el libro de Chomsky, que la historia de Colombia es fundamentalmente distinta a la de un país como Cuba, donde la revuelta armada llevó a la consolidación de una revolución socialista después de 1959. Colombia no era una sociedad de plantación, dominada por el capital extranjero y gobernada por un dictador apoyado por los Estados Unidos, Batista, quien había ahogado las promesas de reforma económica y social. La floreciente economía cafetera de Colombia era de propiedad nacional y en ella predominaban granjas familiares pequeñas y medianas, y la mayoría de los colombianos estaban comprometidos profundamente con los partidos liberal y conservador, ambos procapitalistas, y que habían manejado una democracia limitada durante décadas. No tiene nada de raro que la izquierda armada, que trató de reproducir en Colombia la Revolución Cubana, nunca tuviera un amplio apoyo popular. Las FARC se sostuvieron por medio de la extorsión y el secuestro, actividades que provocaron la movilización de las fuerzas paramilitares, que diezmaron las filas de los sindicalistas demócratas y los activistas políticos en décadas recientes. La fuerza militar de las FARC proviene hoy, como la de los paramilitares, en buena parte de las ganancias del narcotráfico, mientras que la popularidad del actual presidente de Colombia, Álvaro Uribe, no responde a un apoyo amplio por sus políticas ortodoxas neoliberales, sino a su compromiso de derrotar las FARC. Incluso la evidencia creciente de los lazos de Uribe con las fuerzas paramilitares no ha debilitado este apoyo.

Colombia es hoy un enclave de la ortodoxia neoliberal en una América Latina cada vez más hostil a la política de los Estados Unidos y a la ideología del mercado libre, pero contra los análisis de Chomsky, esta situación se debe tanto a la política de la izquierda armada colombiana como a las maquinaciones

de los capitalistas nacionales y extranjeros y a los gobiernos y sindicatos que les han ayudado.

CHARLES BERGQUIST

University of Washington

caramba@u.washington.edu

[462]

François Dosse.

El arte de la biografía.

México: Universidad Iberoamericana, 2007. 459 páginas.

Durante el último siglo y medio, la disciplina histórica dio sus mejores combates por conquistar un lugar respetable dentro de las ciencias sociales. Y en la medida en que lo lograba, la biografía, como género invertido entre lo ficcional y lo factual, debió ser desterrada para que así la Historia, que debía escribirse con H mayúscula, alcanzara la ansiada respetabilidad científica. Dado su carácter inclasificable e impuro, por su cercanía a lo literario, a lo intuitivo, a lo emotivo o a cualquier tipo de subjetivismo, la biografía terminó por ser recluida al cuarto de las cosas viejas, allá atrás donde no hiciera pasar vergüenza a nadie, junto a las trompetas y los tambores de la historia de los grandes héroes.

Ser biógrafo era algo así como ser un novelista fracasado o, como quien dice, un historiador de poca monta. 'Esas son cosas de gente poco seria', se decía a modo de burla entre los historiadores profesionales de aquí y allá. Sin embargo, la tentación por lo biográfico no dejó de persistir, como si se tratara de un pecado irresistible; nunca faltó el historiador que sucumbiera al acto de biografiar. Tales han sido las filias y las fobias que ha despertado este género, que, pese al menosprecio que soportó durante la última centuria, hoy está de regreso con una vitalidad que coloca su práctica en el centro de las corrientes historiográficas más innovadoras. Pero, se dirá, ¿cómo fue que de proscribida la biografía pasó a ser defendida hasta por los más feroces combatientes de la cientificidad de la historia? La respuesta a este interrogante y a muchos otros son precisamente algunos de los asuntos de los que trata el libro de François Dosse.

François Dosse es conocido por sus estudios sobre el medio intelectual francés del siglo xx. Con su tesis doctoral, *La historia en migajas* se hizo popular al presentar al mundo de los historiadores un diagnóstico crítico de la llamada revolución historiográfica de la escuela de *Annales*. De ahí orientó sus investigaciones hacia la historia de las ciencias humanas y del estructuralismo. Posteriormente, publicó dos biografías intelectuales, una dedicada a Paul Ricoeur

* François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia* (Valencia: Ediciones Alfons el Magnánim, 1988).

** François Dosse, *Paul Ricœur. Les sens d'une vie* (Paris: La Découverte, 1997).